

SENCILLO, ENTRAÑABLE, HUMILDE, SANTO: SU SANTIDAD EL PAPA JUAN XXIII

(Crónica, desde Roma, de Antonio MONTERO)

POCO podré añadir, aunque escriba desde Roma y en la última semana de octubre, a las noticias sobre el cónclave, la elección, la biografía y las anécdotas humanas de Su Santidad Juan XXIII, servidas en caliente y sobre la marcha por los periódicos diarios. Menos aún interesan mis propias emociones personales que, por otra parte, son intransferibles al papel y a la misma palabra. He preferido por ello recoger en las notas que siguen algunas observaciones surgidas por las vivencias de estos días y que tal vez podrán ayudar a meditar fructuosamente sobre la Iglesia.

En Roma, más que en ningún otro sitio y en esta ocasión mejor que en todas las precedentes, se ha patentizado la extraordinaria huella del Pontificado de Pío XII. Los romanos viejos repiten con insistencia que la apoteosis póstuma del Papa Paccelli no tiene precedente igual entre las grandes concentraciones de la Urbe. La prensa de aquí, sobre todo en sus publicaciones más «sinistroides», no tiene, como digamos, muchos escrúpulos para arremeter contra lo más encumbrado, sea de esfera civil o eclesiástica. Para estas revistas y periódicos el panegírico no era obligado. Y, sin embargo, el plebiscito de simpatía, de admiración, de reconocimiento, no ha tenido excepciones.

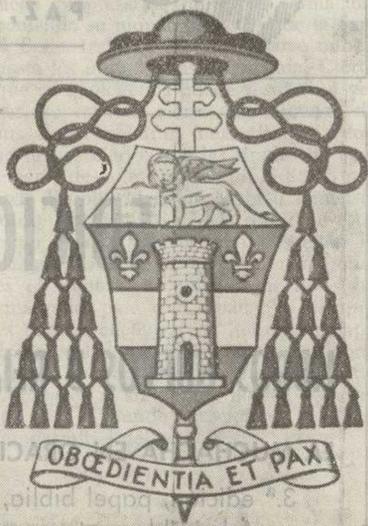
Las 59 misiones extraordinarias de otros tantos gobiernos u organizaciones internacionales, sin que existiera el precedente dentro de las exigencias diplomáticas, son un dato insoslayable. Eran días de asamblea de la ONU y aquí había dos jefes de Gobierno y varios ministros de Asuntos Exteriores de primerísimas potencias. Casi a las puertas de la Basílica esperaba a Foster Dulles un reactor que, a mil kilómetros por hora y por la ruta del Polo le situaría al día siguiente en el avispero de Formosa. No creo que la apretada e importantísima agenda de Fanfani, Dulles, Von Brentano, Courre de Meurville, les deje demasiado espacio para asistir a funerales de tres horas a varios miles de kilómetros. Pero Pío XII se ha ganado todas las excepciones. Ante su prestigio en el mundo no ha habido vallas diplomáticas que reglamentaran la simpatía.

Protestantes, judíos, árabes, han sentido casi como nosotros el hueco que Pío XII dejaba en la Historia.

El sello de su Pontificado ha sido el magisterio. Si, por un imposible, se interrumpiera un siglo la sucesión de los Papas, podría vivir la Humanidad, según me decía anteaer un monseñor vaticano, «de las rentas doctrinales de Pío XII».

EN la Semana de Zaragoza pudimos comprender lo complejo de las tareas de un párroco que requieren cualidades múltiples y casi contradictorias; pensemos en los capítulos infinitos del programa papal: magisterio, gobierno, diplomacia, reforma, pastores, lucha, dirección espiritual del mundo. No es irreverente decir que el cargo le está grande a cualquier ser humano. De ahí que los Papas se distinguan unos de otros en las prevalencias más acusadas de determinadas funciones sobre otras. La propia preparación y las necesidades de la época configuran a la

vez el perfil de un pontificado. Después de Pío XII la Iglesia es más conocida, más respetada, más querida en los dos hemisferios del Globo. Después de



Escudo del Cardenal Roncalli

Pío XII los creyentes y los incrédulos tienen ideas más claras y mejores para conducirse con acierto en la encrucijada de este siglo.

Decía Mons. Montini a sus diócesanos en su Pastoral de hace unos días, Sede vacante, que el cúmulo de responsabilidades sobrenaturales e históricas que esperaban al nuevo Papa era tal que confería especial delicadeza a la elección de la persona. De aquí la importancia de la oración, único modo de «presionar» al Espíritu Santo para que diera el máximo acierto a la elección de los cardenales. La Teología y la Historia nos enseñan que la inspiración del Espíritu Santo en el conclave no implica un «jatalismo» en la elección. Dios ha obsequiado a su Iglesia en algunas épocas más difíciles con Pontífices más valiosos que en otras. En este sentido, podemos decir que, desde hace más de un siglo, se hace sensible sobre la Iglesia una Providencia extraordinaria. Nunca el Papado, ni como institución ni en sus figuras, tocó cimas de tan alto prestigio.

MIENTRAS acudíamos a las «juntas» comentábamos por la «Via della Conciliazione» los graves problemas que aquejan al mundo y el reflejo que habrían de tener sobre las cargadas espaldas del eligendo. Más que nunca, el Vicario de Cristo habrá de apoyarse en las oraciones de la Iglesia. Cuando más se van ensanchando los horizontes del Pontificado es mayor, lógicamente, el elenco de problemas sobre los que el Papa ha de pronunciarse.

Al tercer día de oración, de reflexiones y, ¿por qué ocultarlo?, de reverentes pronósticos, el Cardenal Protodiácono nos sacó de dudas desde la logia central de la fachada de San Pedro. No sé contar la intransferible conmoción de los presentes en la plaza. Eramos una Iglesia Universal en pequeño, pero tan variada, tan vital tan unida como la otra con mayúscula esparcida por el universo mundo. Medio millón de creyentes que llevó al



nuevo Vicario de Jesucristo la mística solidaridad de 470 millones de hermanos. Ya no era Patriarca de Venecia el Cardenal Roncalli, sino Juan XXIII, sino Cristo viviente en la tierra. Me

sobrecogió la tangible fe de la masa. Lo que menos importaba es que hubiéramos acertado en las previsiones.

(Pasa a la pág. 6)

PERIODICO SACERDOTAL
Núm. 114 - Noviembre 1958

REDACCION:
San Pablo, 17.-SALAMANCA
Administración: VALLEHERMOSO, 38
TELÉF. 57 08 04 - APARTADO 10.059

MADRID
VOLUMEN III

PRECIO DE SUSCRIPCION: 60 PESETAS
NUMERO SUELTO: 8 PESETAS
EXTRANJERO: 1,70 DOLARES
Depósito Legal M. 677 - 1958

incunabile

Mis recuerdos personales de Su Santidad Pío XII

Por monseñor Jaime FLORES,
Ex rector del Colegio Español de Roma
Director general de los Sacerdotes Operarios

SOY un gran admirador del Papa Pío XII. Ha muerto un santo. Ha muerto un sabio. Ha muerto un padre. Por su ciencia, por su santidad, por su laboriosidad se captó la simpatía y la admiración de cuantos hemos vivido en Roma estos últimos años. Tuve la dicha de conocerle por vez primera con ocasión de su creación como Cardenal Secretario de Estado. Se hablaba mucho aquellos días de 1929 de la solución de la cuestión romana, afrontada tan valientemente por Su Santidad Pío XI, y en ella sabíamos que había intervenido muy activamente su hermano, el marqués de Paccelli. Desde entonces se nos hizo a los estudiantes romanos familiar la figura del esbelto Cardenal Paccelli, a quien veíamos en las funciones litúrgicas, en la predicación, en sus mismos paseos, siempre leyendo, siempre aprovechando el tiempo.

ME enteré de su elección casi por casualidad. Estábamos en el año 1939 encerrados en la Embajada del Paraguay, en la calle del General Mola, y por casualidad oí la relación de la vida del Cardenal Paccelli, y entonces, preguntando, pude averiguar que había sido elegido Papa. En la misma Embajada todos preguntaban si le conocía, y tuve la dicha de poder dar el mejor testimonio de su valía. El año 1942, destinado como rector del Pontificio Colegio Español de Roma a residir en la Ciudad Eterna, pude verle varias veces en audiencias públicas y

(Pasa a la pág. 6)



En páginas centrales:
**VIDA Y OBRA DE UN PONTIFICE
INOLVIDABLE: Pío XII**